

IV.

LA CARTERA.

Marta de Penhoel permaneció como anonadada por espacio de dos ó tres minutos.

El golpe la hería tanto mas rudamente cuanto que era imprevisto; hasta el último momento habia rehusado creer una desgracia séria.

—¿Qué temer, un rapto? ¿Pero quién habrá podido tener la idea de robar á esa pobre niña enferma y débil? ¿No habrá sido un asesinato?

Entonces que Marta recobraba la facultad de pensar, respondia su conciencia á esta pregunta: las otras han sido también asesinadas.

Pero iban desapareciendo las tinieblas de su inteligencia, y á medida que reflexionaba se mezclaban las dudas con la esperanza.

¡Esto era imposible! ¿quién habia de haber robado á Blanca? Marta no podia nombrar culpable

mas que á uno, y aquel no tenia necesidad de emplear medidas estrañas.

Roberto de Blois era el dueño del castillo de Penhoel, donde hacia mucho tiempo que todos cumplian hasta sus menores caprichos. No se arranca á una pobre niña de su lecho de sufrimiento cuando se la puede guardar como una cautiva y se la tiene en su poder.

Sin embargo, desde el sitio en que habia caído de rodillas podia ver aún Marta los últimos barrotes de la escalera apoyada contra la ventana. Imposible era luchar contra aquella prueba tan evidente. Marta inclinaba la cabeza y su boca repetia maquinalmente:

—¡Blanca, Blanca! te lo suplico, hija mia, no te escondas mas!

Hacia mucho tiempo que estaba prosternada Marta con la cabeza inclinada sobre el pecho y sin fuerzas para levantarse. Quería implorar á Dios, pero su memoria le rehusaba en aquel momento sus oraciones, repetidas con tanta frecuencia. No podia pronunciar mas que una sola frase:

—¡Blanca, Blanca!

Al intentar quizá por la vigésima vez apoyarse sobre sus piés con objeto al menos de dirigir una mirada al exterior, se abrió la puerta suavemente.

Una esperanza inmensa invadió el corazón de la pobre madre; su alma pasó á sus ojos, que se fijaron ávidos en la puerta entreabierta.

Nadie se mostraba en ella.

—¡Blanca! murmuró la Señora. ¡Oh, me estás asesinando! Eres tú, ¿no es así? ¡eres tú!

La puerta se abrió de pronto, y en lugar de la encantadora figura del Angel, que esperaba ver Marta, fué el sombrío rostro del señor de Penhoel el que apareció en el dintel.

René tenía esparcidos sus cabellos grises, y las arrugas de su frente parecían ser aun mas profundas. Sus mejillas estaban pálidas, á escepcion de aquella mancha de vivo encarnado que la embriaguez hacia salir en sus huesudos y prominentes pómulos. Tenia estraviados los ojos, pero no apagados como ordinariamente, y en su sanguínea pupila se leía como una cólera vaga y ciega.

Estaba embriagado.

Apoyaba las dos manos en el picaporte.

—Al fin os encuentro, señora, dijo con voz entrecortada. Mucho tiempo hace que os estoy buscando.... De pié.... y seguidme.

La pobre Marta intentó en vano obedecer.

Murmuraba esforzándose:

—¡Mi hija, por piedad, René, decidme dónde está mi hija!

Frunciéronse las cejas de Penhoel.

Causaba horror el verle.

—¿No me habeis oído? exclamó; ¿ó no soy ya el amo de mi casa?

Marta no podía moverse.

René atravesó la estancia con pesado y vacilante

paso. Cuando hubo llegado cerca de su mujer se bajó para cogerla del brazo, y este movimiento estuvo para hacerle perder el equilibrio: tanto aguardiente pesaba sobre su cabeza!

Sin embargo, no cayó, y Marta lanzó un débil grito, porque la mano brutal de René la atenazaba el brazo.

Levantóla á la fuerza, arrastrándola hasta el corredor.

Muchos años hacia que el señor de Penhoel dejaba á su mujer en el mas completo abandono, pero nunca la habia maltratado. Aun en las mismas horas de su cotidiana embriaguez habia conservado siempre las mayores apariencias de respeto.

Esta repentina violencia, cuyo motivo no podia adivinarse, causaba aumento á la angustia de Marta, que asustada dijo:

—¿Qué quereis de mí, caballero? ¡Dejadme!... ¡dejadme!...

René no respondió, obligándola siempre á que siguiera su paso incierto por el corredor.

Nadie encontraba en su camino. Durante aquella noche hubiera podido decirse que los huéspedes que habian quedado en el castillo afectaban ocultarse.

No se habia visto á Pontalés, al abogado, á Roberto ni á Blas.

René hizo á su mujer atravesar todo el corredor, bajando con ella la gran escalera del castillo. Se

detuvo delante de la puerta del salon, que abrió.

—Entrad, dijo.

El salon estaba alumbrado por una sola lámpara que ardía sobre una mesa al lado de un vaso y de un jarron con flores.

Allí era donde habia pasado la mayor parte del día y de la noche Penhoel.

Marta dió por el salon algunos pasos, cayendo aterrada en un sillón.

René agitó una campanilla.

—¡Aguardientel... gritó desde lejos al criado, cuyos pasos se dejaban oír en el corredor.

El criado se alejó, volviendo un momento despues con un nuevo frasco de aguardiente.

—¡Vétel... le dijo René... y dentro de una hora que me sirvan aquí la cena.

La puerta se cerró. Penhoel estaba solo con su mujer: llenóse un vaso de líquido y tomó asiento junto á ella.

—Estais pálida, señora, comenzó; creo que teneis mucho miedo... ¿Sabeis lo que voy á deciros?

—En nombre del cielo, caballero, murmuró Marta, ¿qué ha sido de mi hija?

Penhoel la miraba de frente y sus ojos tenían una espresion aterradora.

Una idea fija conservaba en medio de su embriaguez, un pensamiento de cólera y un castigo cruel.

—¿Vuestra hija? repitió; ¿qué me importa esa niña?

—¿No lo es vuestra, René? quiso decir Marta.

—¡Silencio! Por una hora soy aún aquí el señor... ¡Tengo tiempo suficiente para juzgaros y castigaros!

Marta le dirigió una mirada de admiración; Penhoel prosiguió:

—¡Vuestra hija! Ya os diremos mas adelante lo que ha sido de vuestra hija, señora.

Y añadió con acento mas amargo:

—¡La niña que se llama el Angel de Penhoel! la verguenza... ¡la deshonor de toda una raza!

—¡Caballero! ¡caballero! quiso decir Marta.

—¡Silencio! Aun no es tiempo de hablar de vuestro Angel, señora. Teneis otros amores... y puesto que estamos solos los dos, podemos hablar con comodidad de negocios de familia.

Metió la mano bajo su gaban de caza y sacó una carterita verde.

Marta no podia palidecer mas, pero se estremeció, irguiéndose arrogante.

El primer movimiento de terror fué en ella tan vivo, que por un momento se olvidó de su hija.

Penhoel se sonrió.

—¡Cómo mirais mi cartera, señoral dijo: hace mucho tiempo que la conoceis, ¿no es cierto? Apostaria á que dariais cualquier dinero con tal de poder verla otra vez.

Entonces decia la verdad René.

La cartera era la que ya hemos visto en las manos de Roberto de Blois en el momento de su entrevista con Marta la noche de San Luis. Era con-

tra Marta un arma cruel sin duda, puesto que Roberto no habia tenido mas que mostrar aquella carterera para vencer al momento la resistencia de la pobre mujer.

El hombre mas frio hubiera tenido compasion al ver á Marta en aquel momento.

No tenia ni la conciencia de todas las desgracias que pesaban sobre ella, pero sentia desgarrarse su corazon.

Sus cabellos sueltos caian mojados por un sudor glacial. Su rostro espresaba tan terrible agonía, que no hubiera podido demudarlo mas en la hora de la muerte.

Penhoel no tenia piedad.

—Comprendo ahora, continuó, por qué me induciais el dia pasado á que vendiera el castillo. ¿Os habian amenazado con esto? ¿No es cierto que hubiéseis dado cuanto en el mundo poseeis por recobrar ese secreto?

—¡Por mi hijal balbuceó Marta. Pero os juro ante Dios que nos escucha, que soy inocente.

Penhoel se encogió de hombros.

—Sabeis mentir á Dios como á mí, dijo colocando la carterera sobre la mesa para vaciar un vaso de aguardiente: hace veinte años que estais mintiendo todos los dias á todas horas; pero ahora no se trata de eso; tambien yo he pagado muy cara esa carterera. En otra época hubiera dado por adquirirla un molino, una alquería, una posesion; ¿pero dónde están las de la herencia de Penhoel? ¿Dónde se

encuentran las tierras de mi padre? ¿Y sus estanques, sus bosques? Nada tenia que dar. Y sin embargo, me eran de absoluta necesidad esas pruebas de mi verguenza.

Marta juntó las manos.

—Despues, prosiguió Penhoel imponiéndole silencio con un gesto brutal, os diré cuál ha sido el precio á que he comprado esta carterera: ahora, puesto que la he comprado, quiero gozar. Nos queda aún mas de una hora para leer juntos estas queridas cartas. ¡Oh! nos vamos á divertir mucho, señora.

La voz de Penhoel estalló sordamente mientras pronunciaba estas últimas palabras. Imposible era prever el desenlace de aquella escena. Como todas las personas habituadas á la embriaguez, conservaba Penhoel una máscara de razon y gravedad; pero bajo aquella engañadora careta se ocultaba una verdadera demencia.

Podia hablar y pensar hasta cierto punto, pero ningun freno lo detenia, y aquel frio capricho de mofa y de burla de que era presa en aquel momento, no hacia mas que retardar el instante de la explosion de su ciega cólera.

Además, proseguia bebiendo, y la lucidez de sus sentidos, que brillaban aún con alguna turbacion, no debia tardar en extinguirse.

Marta carecia de defensa en aquella casa, que parecia abandonada.

No podia huir.

Quando su mirada buscaba por instinto en torno suyo una proteccion ó un refugio, no veia mas que puertas cerradas y elevados lienzos donde estaban ejecutados los retratos de todos los señores de la familia de Penhoel.

La luz de la lámpara, demasiado débil, no permitia distinguir las austeras facciones; pero Marta veia brillar en distintos puntos bajo los cuadros las empuñaduras de oro de las antiguas espadas, porque todos los Penhoel habian servido al rey y cada uno de ellos conservaba bajo su imágen sus armas de batalla.

No era la muerte lo que temia Marta. Pensaba sin gran espanto que tal vez alguna de aquellas armas entre las manos de René furioso iba á castigar su imaginario crimen.

Esta idea no la preocupaba.

Entre los retratos perdidos en la sombra habia uno sobre el que caian á plomo los rayos de la lámpara.

Era el de un jóven de figura hermosa y arrogante, cuya mirada parecia estar fija con amor en aquel momento en Marta.

Ese retrato, colocado junto al severo rostro del comandante de Penhoel, era el último de todos.

Representaba las facciones del primogénito de la familia, de aquel Luis cuyo nombre se encuentra con tanta frecuencia en estas páginas.

Quando las miradas de Marta se fijaban en aquella fisonomía noble y hermosa, no podian separarse

del cuadro. Hubiérase dicho entonces que esperaba alguna misteriosa proteccion.

René de Penhoel abrió la carta. Su mano, torpe y trémula, buscó un papel durante algunos segundos.

Mientras que buscaba bajó Marta la cabeza.

Penhoel iba á leer. Marta esperaba la primera frase de aquella lectura como un culpable teme la primera palabra de su sentencia, porque la cartera contenia una carta escrita á ella, y que podia justificar su acusacion á los ojos de personas prevenidas en contra suya.

Esta carta le habia sido robada por Roberto de Blois.

René habia encontrado al fin lo que buscaba. Marta oyó el ruido de un papel que se desdobra con lentitud. No se atrevia á levantar la cabeza.

—He aquí lo que tan deliciosos momentos os ha procurado, señora, dijo el señor de Penhoel.... quiero tambien tener mi parte de placer, y así vamos á volver á leer juntos esta inocente carta.

Acercó el papel á la lámpara, poniéndose á descifrar su contenido penosamente.

(Del 7.) San Dionisio (isla de Borbon), 3 de diciembre de 1803.

“Mi querido hermano....”

Marta no hizo el menor movimiento, pero un puro sonrosado acudió á sus mejillas, tan pálidas un momento antes. Sus ojos, que se abrieron á medias con una vivacidad sorprendente, manifestaban una sorpresa profunda.

Evidentemente no era aquella la lectura que esperaba.

Penhoel, que no ponía atención, prosiguió:

“Mi querido hermano:

“Cuando llegue á tí esta carta, hará mucho tiempo á no dudarlo que nuestra Marta es tu mujer. Seréis felices, pero pensareis siempre en el que sufre lejos de vosotros.

“Eres el hombre á quien mas quiero en el mundo, René; ignoro si á mi padre hubiese hecho el sacrificio que he hecho por tí.... Nuestro padre nos abandonaba con frecuencia, mientras que á tí, René, te veía todos los días.... Cuando éramos niños se tocaban nuestros dos lechos; cuando hemos sido jóvenes hemos compartido las penas y los placeres.

“Contéstame pronto, hermano mio, porque el desaliento se va apoderando de mí lejos de los que tanto amo; creo que me olvidan y se me figura que estoy solo en el mundo.

“Dame noticias de nuestro padre y de nuestra madre: ¿ime si Marta es feliz....”

Era un trabajo por demás penoso para la turbada vista de Penhoel descifrar aquella letra pequeña.

La mano de Luis habia temblado muchas veces al trazar los renglones.

Marta escuchaba inmóvil y conteniendo la respiración. La expresión de su fisonomía habia cambiado completamente.

Parecía que habia acudido á mecerla un sueño.

La angustia que contraía sus facciones un momento antes habia cedido á una dulce tristeza.

Penhoel estaba muy ocupado para advertir esto. Prosiguió:

“Ignoro si te habrá sorprendido ó no mi partida, pero estoy persuadido de que habrás sentido un gran pesar: ¿no me profesabas el mismo sincero cariño que yo á tí, hermano mio? Si no hubieses adivinado mi secreto, era forzoso que te lo hubiese revelado yo, como hacia siempre con cuanto encerraba en el fondo de mi corazón. Esto te entristecerá, René; pero el que sufre, solo soy yo. Déjame confiarte toda mi desgracia.

“¡Cuánto se cansará nuestro venerable padre de no verme! Acusará de ingrato al hijo que contaba para báculo de su vejez! René, tú defenderás mi causa. Tú le dirás que nunca fueron mi respeto y cariño mas profundos; le dirás cuanto te aconseje tu corazón, hermano mio, porque mi secreto es para tí.... para tí solo.

“¡Y nuestra madre! ¡Oh! me faltan las fuerzas al recordar lo que he perdido....”

“A veces atraviesa los mares mi pensamiento, á pesar de su inmensidad; vuelvo á Penhoel, os veo á todos; los blancos cabellos de mi padre, á mi madre corriendo á mí al escuchar mi voz, y á tí que saltas de placer, René, y Marta cuyos grandes y hermosos ojos azules vacilan entre la sonrisa y las lágrimas....”

Dos perlas surcaban las mejillas de la Señora.

La respiración del señor de Penhoel era anhelosa. No se hubiera sabido decir si era la cólera ó una emoción nueva la que oprimía así su pecho.

“¡Felicidad!... ¡felicidad!... prosiguió leyendo: ¡ay! cuando despierto de ese sueño querido y me encuentro solo y maldito!...”

“No tengo aún veinte años! Tal vez sea mi vida muy larga. ¿Qué he de hacer en el mundo? no tengo familia, mi porvenir carece de objeto y mi pasado no es más que un amargo pesar...”

“¡Dios mío! ¿había medido yo mis fuerzas cuando hice este sacrificio?”

“No me arrepiento, no, hermano mío; te veía languidecer y morir, á tí, cuya adolescencia había sido tan bella: procuraba adivinar tu enfermedad, y un día acostado en tu lecho, al que te encadenaba la fiebre, me dijiste: voy á morir porque la amo...”

“Dios me dictó mi deber.”

“¿Me comprendes, no es cierto? Te veo desde aquí, René; tus ojos están preñados de lágrimas y dices: ¡pobre hermano mío, también él la amaba!”

René interrumpió su lectura, pero fué para beber un gran vaso de aguardiente. Acallaba así los gritos de su conciencia, y la sonrisa que asomaba á sus labios era burlona.

En las tímidas miradas que Marta le dirigía se veía pintado el horror.

Pobre hermano mío, también él la ama, repitió él como un niño que comienza á leer.

“Porque, proseguía la carta, cuando te he dicho

al partir que no la amaba, te he engañado, hermano mío.

“¡La amaba, la amaba! la amo todavía y la amaré siempre!...”

“Esta es la razón por qué mi destierro debe durar toda mi vida. No volveré á pisar la Francia. Nuestro padre y nuestra madre morirán sin darme su bendición... Ruega á Dios por mí, René, porque te he dado toda mi felicidad...”

Un sollozo agitó el pecho de Marta.

—¡Silencio! dijo el señor de Penhoel sin volver la cabeza. Todas estas finas y generosas frases no han sido un obstáculo para que engañara á su hermano. Señora, en esta carta miente como ha mentado toda su vida.

—¡No ha mentado nunca! murmuró Marta.

—¡Silencio! repitió René; contentaos con saber que aun os ama: aun no hemos empleado más que unos diez minutos y tengo necesidad de ser paciente por una hora completa! Llorad, señora, pero llorad en silencio el recuerdo de esa alma generosa que ha hecho á su hermano el más miserable de todos los hombres!

“No volveré, continuaba la carta, porque me temo á mí mismo. Tal vez no tuviera bastante valor ni fuerzas para soportar la vida delante de su felicidad... porque seréis felices y tú la harás dichosa, ¿no es así, René?”

“¡Oh! si algún día llegara á saber que mi sacrifi-

cio le había llegado á ser fatal.... si llegara á saber!....

“Pero no, es imposible! no quiero detener aquí mi pensamiento: tú eres bueno y noble, René: en cuanto á ella, era una niña; habrás hallado su alma débil y naturalmente la habrás enseñado á que te ame.

“Haciendo ánimo de no volver á ver la Francia, y no necesitando para nada de la fortuna que por mi parte de herencia me corresponde, deposito mi patrimonio en tus manos con encargo de que lo entregues intacto, sin distraer ni enajenar nada, á los hijos que Dios quiera conceder á Marta.

“En caso de muerte, quiero y confío en que esta parte de mi carta será cumplida cual si fuese un testamento.

“Y ahora adios, hermano mio. Dí á Marta que la quiero cual á una hermana, con objeto de que al menos oiga pronunciar mi nombre. Habla de mí á nuestro padre, y sobre todo escíbeme pronto, porque mi único consuelo es amaros y pensar que me amais.

“Tu hermano—L. de Penhoel.”

Marta tenia la cabeza inclinada y las lágrimas corrían por sus manos juntas.

René la miraba con sonrisa cruel.

—He aquí una carta larga, dijo, y aun tenemos otras que lo son mucho mas.

Al decir esto golpeaba la cartera.

—Os la he leído toda entera porque cuando se

juzga se procede así.... pero ya sabia perfectamente que la conocíais mejor que yo.

En el dolor de Marta habia como un alegre recogimiento; cada una de las palabras de amor contenidas en la carta habia penetrado hasta el fondo de su corazon.

A las últimas palabras de su marido levantó la cabeza, interrogándole con la mirada.

—¡No os comprendo! murmuró.

René tocó con el dedo el papel desdoblado aún.

—En esta carta hay muchas lágrimas! dijo. Ignoro cuáles serán las vuestras y cuáles las de mi generoso hermano.

—Caballero, replicó Marta, nunca me habíais dicho que Luis de Penhoel os hubiese escrito despues de su partida.

—¿Lo habeis adivinado entonces?

—Es la primera vez que oigo hablar de esa carta, caballero.

El acento de Marta era tan sencillo y verídico, que el señor de Penhoel dudó un momento. La sangre le refluyó al rostro violentamente á la idea de haber presentado él mismo á Marta aquel mensaje que debia despertar tantos recuerdos; pero fué obra de un momento.

Estaba prevenido.

—¡Qué loco soy! exclamó con burlona sonrisa; siempre estoy dispuesto á creerlos.... Olvido que sois pura y sencilla, tanto mas que él es generoso, y que se ha sacrificado por mí.

—Os juro por mi honor.... comenzó Marta.

—¡Por vuestro honor! repitió Penhoel con tono brusco é insultante: os digo que lo sé todo, señora; no os tomeis la molestia de fiagir. Esta carta estaba en mi secretario; hace cerca de diez y ocho meses que desapareció de él; y vos sois quien me la robásteis.

—¡Creedme en nombre del cielo, René!

—¿Con qué objeto mentir? El hombre que me ha entregado esta cartera la habia tomado de vuestra habitacion, donde sin duda tenia franca la entrada.

—¡Oh! dijo Marta, que sin duda no habia previsto este exceso de ultraje.

Penhoel se sonrió, porque el insulto habia llegado al corazon.

Nada tan cruel como el corazon débil que encuentra una víctima sin defensa sobre quien dejar caer sus golpes.

—¿Pensáis que soy ciego? dijo; hace meses que observo la conducta de ese Roberto para con vos. Es un infame atrevido que ha arruinado al padre, deshonrado á la madre y seducido á la hija..... pero las mujeres adoran á esa clase de hombres.

—¡Hija mia! exclamó Marta como si se hubiese despertado de pronto; me habeis dicho que me enseñaríais dónde estaba mi hija.

—Cada cosa á su tiempo, señora; os lo he prometido y os lo prometo.... pero paciencia, no hemos terminado aún nuestra correspondencia.

Sacó de la cartera otra segunda carta, ó mas bien un paquetito compuesto de muchas reunidas.

—No me admirará, dijo abriéndola, oiros negar vuestra propia firma y decir que no conoceis esto....

A la vista del paquete habia cubierto Marta su rostro con las manos.

—¡Oh! murmuró; le reconozco.... ese es mi único crimen: ¡castígueme Dios si soy culpable!....

